

Democratización y cultura en México. Modernización, identidad nacional y resistencia cultural

MA. DE LA LUZ CASAS PÉREZ

Resumen

El presente artículo explora las relaciones entre los conceptos de modernización e identidad nacional, especialmente a la luz del reajuste de fuerzas sociales y políticas que se dan en México a partir de 1994. Las premisas en torno a las cuales gira la argumentación del presente trabajo son que en el proceso se han dado nuevos mecanismos de recomposición de la identidad; que la identidad nacional ha venido a ser reemplazada por nuevas formas de identidad conectadas a procesos culturales autónomos; y que éstas han venido a transformarse en mecanismos de resistencia cultural vinculados a estructuras emergentes de democratización.

Abstract

This paper explores the relationship between the concepts of modernization and national identity, which are useful in explaining the readjustment of the social and political forces that has taken place in Mexico since 1994. The main assumptions underlying the argumentative process of this article are that in the process identity reshaping has taken place; that the notion of national identity has been replaced by new means of identification, and that these new identities are related to autonomous cultural processes, and they tend to be developing into cultural resistance mechanisms related to emerging democratic structures.

El 1º de enero de 1994 será recordado como un parteaguas en la historia reciente de México; acontecimientos registrados prácticamente en cascada a partir de esa fecha, han venido a suscitar una profunda huella en nuestro país. México no volvió a ser el mismo desde entonces: súbitos movimientos de emergencia y reajuste de fuerzas a nivel social y político han venido a trastocar no solamente las estructuras políticas y traído como consecuencia la emergencia de nuevos actores sociales, sino también a acelerar procesos de recomposición de la identidad. Y es que el reajuste de fuerzas ha sido tal, que los procesos de apropiación del cambio y de la transformación se han acompañado —por un lado— de la emergencia de nuevas propuestas de nación, pero también —por otro— de mo-

vimientos importantes de resistencia cultural. Así, las transformaciones vividas orillan a nuestro país a incorporarse a un entorno que le exige condiciones de participación distintas.

Lo sucedido no es circunstancial, tampoco se presenta como un golpe de mala suerte en el preciso momento en que nuestro país evolucionaba y rompía el capullo, para convertirse en una linda mariposa del primer mundo; no es la concientización de un proceso que culmina para dar paso a otro; no representa la consecuencia natural de la maduración de un país joven; no se da, finalmente, como la transición a una etapa que había de ser anticipada; se da de manera antinatural, forzada, acorde con los tiempos de la geopolítica internacional y no con los tiempos de la evolución social y cultural de un pueblo, ante la cual México reacciona lanzando un grito desesperado por recobrar su identidad si no perdida, gravemente amenazada; al mismo tiempo, el reclamo por una democratización del país, que no podrá darse, como lo ha dicho Fuentes,¹ si no se da el enfrentamiento de México con su otra cara, la cara de la pobreza, la miseria, la marginación y, frente a todo ello, un México que intenta definirse a sí mismo a partir de movimientos de ajuste entre una modernidad perdida y una modernización forzada.

El hilo reventó por lo más delgado. Sin embargo, es tiempo de revisar con mirada atenta no solamente lo acontecido, sino la constitución de nuestra identidad nacional toda, de manera que podamos sentar las bases para un verdadero ajuste de nuestras fuerzas culturales.

Es tiempo de preguntarnos cuál es el tipo de modernidad hacia la que se dirige nuestro país, de retomar el concepto de identidad nacional por la vía de oponerlo conceptualmente a la noción de resistencia cultural y de analizar cuáles son las alternativas de autonomía cultural frente a un mundo inevitablemente globalizado.

No se trata, sin embargo, de una oposición vana, sino de una revisión analítica: modernidad y nacionalismo, identidad nacional y resistencia cultural; términos todos que conllevan la esencia más profunda de nuestra característica de mexicanos, que implican oposición inevitable, pero también coexistencia.

¹ Carlos Fuentes, "Las dos democracias son una sola", *La Jornada*, 11 de febrero de 1994, pp. 1 y 12.

Modernidad y nacionalismo

A lo largo de nuestra historia nos hemos esforzado por dejar de ser un país anclado en la tradición para convertirnos en una nación moderna.² La modernidad, como dice Carlos Fuentes, ha sido nuestro fantasma constante. No es extraño, por tanto, que estemos viviendo una etapa profundamente modernizadora; ello no quiere decir, sin embargo, que la modernización sea una práctica nueva.

Las élites modernizadoras han hecho gala de su presencia en varias ocasiones, principalmente durante la independencia y la revolución; no obstante, la élite modernizadora actual, lejos de separarse de las estructuras premodernas que obstaculizaron en gran medida los intentos modernizadores de sus predecesoras, se aferra a imponer la modernidad sobre la base de estructuras autoritarias y premodernas.

Es un hecho que las estructuras sociales se modernizan en oleadas, buscando adecuarse de manera casi autónoma a las demandas del medio ambiente. Es un hecho también que los procesos de modernización autoritariamente impuesto por el Estado van, la mayoría de las veces, a la zaga de la verdadera modernidad, y que la modernización impuesta desde arriba, por lo menos en lo que va de las últimas décadas, ha respondido de manera diferenciada a ciertas demandas pero no a otras. La modernidad, entonces, se distingue de los procesos de modernización en tanto que la primera se construye en un anhelo natural del espíritu humano, y la segunda, como dice Touraine, es el movimiento planificado a la cabeza del cual se encuentra el Estado.³ Un movimiento planificado que, en el caso de México, ha provocado una acción de repliegue del Estado, sobre la base de una política económica que no explicita las nuevas alianzas, que no se define, pero que supone que la sociedad civil responderá a las nuevas articulaciones sociales.

Por su parte —en una relación ambigua pero inevitable, provocada por la crisis de legitimidad y de gobernabilidad de los Estados nacionales, que coloca a diferentes niveles modernidad y procesos

² Alejandro Colina, "Nuestra modernidad posible. Apuntes sobre democracia y modernización", *Etcétera*, núm. 55, 17 de febrero de 1994, p. 23.

³ Véase Alain Touraine, "Modernidad y especificidades culturales", en varios autores, *Vertientes de la modernización*, México, CEN-PRI, 1990.

de modernización—, aparece la necesidad impostergable de una identidad nacional, como la etiqueta que garantiza la formación de contingentes humanos centralizadamente educados y culturalmente homogéneos,⁴ como el dispositivo que asegura no sólo la transmisión de la uniformidad cultural y de la unidad política, sino que promueve, además, el movimiento de los contingentes humanos hacia la incorporación de las estructuras generadas por los nuevos procesos de modernización, depositándolas adecuadamente en los niveles en que mejor puedan servir a los procesos de afianzamiento del Estado.

Así, los procesos de modernización se sirven de la identidad nacional, y la identidad nacional se sirve de los procesos de modernización para afianzar, desde dentro de las estructuras sociales, los profundos e inevitables ajustes entre política y cultura. No es extraño, entonces, que nuestro Estado mexicano rescate continuamente el valor de la identidad nacional y conserve al nacionalismo atrincherado, como dice Monsiváis, asegurando en él el registro histórico de los efectos de la modernidad, y legitimándolo tanto en sus tradiciones como en sus leyes,⁵ y es que la identidad nacional es lo único que permite aglutinar, en uno solo, los irrestrictos cauces de las demandas sociales de los distintos sectores. Por eso, ante los acontecimientos de los primeros meses de 1994, cuando el paradigma de la modernidad y los planes de modernización sexenal que habían dado dirección al Estado parecían venirse abajo, se alzó un solo reclamo: “Los mexicanos queremos paz”.

Identidad nacional y resistencia cultural

El panorama que presentó ante nuestros ojos Chiapas nos vino a recordar que no somos un país homogéneo; que por más que se quiera aglutinar dentro de un solo concepto a la identidad nacional, es una más de las necesidades del autoritarismo político. Nos viene a recordar que somos un país plural, multiétnico, polifacético, que

⁴ Ernest Gellner, *Nations and nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983, p. 35.

⁵ Carlos Monsiváis, ponencia presentada en el Seminario “Libertad y justicia en las sociedades modernas”, México, Sedesol, Instituto Nacional de Solidaridad, UNAM, IPN, UAM y Colegio de México, 6 de junio de 1993.

había sido subsumido por la idea de una nación única, fortalecida por el Estado. Tenían que hablar las fuerzas oprimidas, víctimas de la marginación y del rezago, para que recordásemos que pese a que se nos quiera unificar bajo una sola bandera y un solo concepto de identidad nacional, no todos los mexicanos somos iguales.

De ahí que sea necesario revisar esta noción de identidad, lejos de su miopía política y a la luz de sus verdaderas capacidades, para una transformación modernizadora nacional. Sólo allí será factible encontrar el eje preciso en el que se da el cruzamiento entre modernidad y nacionalismo, identidad nacional y resistencia cultural.

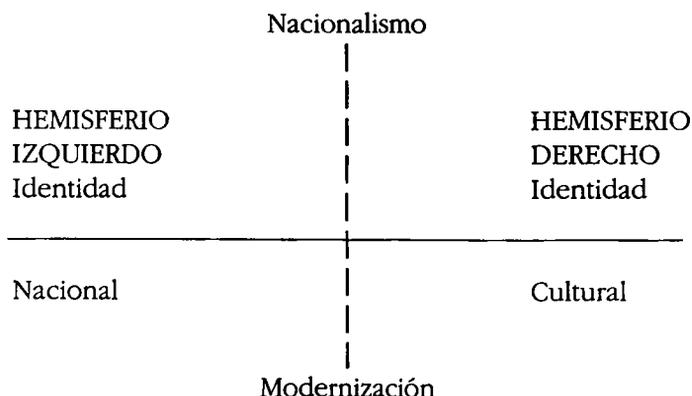
Es pertinente reconocer que así como el nacionalismo se enfrenta a las exigencias de la modernidad, la identidad nacional se opone a la resistencia cultural, considerada esta última como el movimiento de oposición ante procesos de transformación social implementados desde la cúspide. La propuesta básica de los movimientos de resistencia cultural es, por tanto, cautivar a la modernidad a partir de la auténtica expresión social, en toda su riqueza y diversidad cultural.

La resistencia cultural es el signo más reciente de reclamo hacia las promesas incumplidas de la modernidad, hacia las arbitrariedades del centralismo político que inhibe el desarrollo autónomo de las estructuras sociales y hacia los procesos no completados de democratización; se presenta en todos los frentes: en el plantón urbano, en la fiesta popular, en la oposición política organizada, en brotes de resistencia hacia la integración económica globalizadora, en el consumo cultural.

Poco atendemos a sus manifestaciones, que son en realidad los verdaderos reclamos de la conciencia nacional, pero no de la nación como concepto geopolítico de justificación de los Estados, sino de la nación como aquella organización con reconocimiento cultural propio, como distinto de otros.

Por tanto, es necesario admitir que la verdadera identidad no es nacional política, sino nacional cultural; es decir, que mientras que una responde a una entidad monolítica y estable que es el Estado, la otra se alimenta de los verdaderos procesos de transformación cultural y es, por lo tanto, dinámica y cambiante, mucho más acorde con la modernidad que vive del cambio permanente y no con la modernización que es impuesta desde arriba.

Lo anterior no constituye una contradicción en términos, ya que de la misma manera que el Estado nacional cambia para permanecer, la figura de la identidad nacional ha de recomponerse, obligada por las exigencias de una cultura que pugna por redefinirla, una cultura que es la auténtica fuerza transformadora de la sociedad y que, por lo tanto, es cambiante, que articula los verdaderos procesos de transformación y de cambio y que se opone a los designios verticales del Estado, constituyéndose en auténtico mecanismo de resistencia cultural. Es ahí donde nacionalismo y modernización se oponen, pero también es allí donde se atraen, por ello es que éste constituye el punto de cruzamiento básico de ambos ejes. Si hubiéramos de diagramar su estructura, ésta quedaría así:



Ahora bien, sabemos que la resistencia cultural se organiza en diferentes frentes y que pocas veces cristaliza en movimientos de oposición política o de repercusiones económicas. Sabemos también que las sociedades que padecen mayores sistemas autoritarios de dominación son quienes menos pueden exhibir sus procesos de resistencia cultural, pero que eventualmente éstos afloran.

La resistencia cultural y el nacionalismo en la era de la globalización

Recientemente, la resistencia cultural salió de su escondite para encarar directamente a la economía en los foros internacionales dentro

de la Ronda Uruguay del GATT. Sólo así el problema cultural vio la luz pública y traspasó las fronteras: la oportunidad era preciosa ya que la globalización ha puesto en entredicho la geografía política moderna, y debido a que las naciones se convocan como una sola a la luz de los procesos de intercambio de bienes y servicios, llega un momento en que la nueva retórica postula al mercado como el único foro de concentración y de diálogo y allí había que hablar.

Dentro del foro del GATT,⁶ y respondiendo a la dinámica misma del mercado, países europeos hostiles a Estados Unidos encabezados por Francia respondieron defendiendo su identidad cultural encerrados dentro de una coraza nacionalista tratando de defenderse frente a los productos culturales norteamericanos, específicamente audiovisuales, que dominan la producción y difusión de los bienes simbólicos en sus respectivos mercados.

El reclamo universal parece ser el mismo: ante la incapacidad de los Estados nacionales por detener la avalancha de mecanismos que inhiben la identidad cultural, la única solución es volcarse invocando las propias fuerzas del mercado.

Es así que en la reciente contienda por la dominación y el intercambio libre de los bienes, aparece la figura del Estado como subsumida con respecto de una fuerza mayor que es el mercado. Como indica Touraine, el mercado limpia, desinfecta, libera, pero no constituye un principio de construcción ni de gestión de la vida social,⁷ a lo mucho regula los intercambios, pero lejos de promover el desarrollo de las identidades culturales autónomas, ha buscado apoyarse en la figura del mercado para importar bienes simbólicos que al ser distribuidos, afianzan su carácter estatal centralizado, clientelista o totalitario.

El mercado poco o nada atenta contra el nacionalismo; por el contrario, lo refuerza en la medida en que es la gestión del Estado la que ha permitido al país incorporarse al concierto de las naciones y recibir los beneficios de la globalización. Es el Estado quien, por un

⁶ "Acuerdo Global Bilateral EU-UE; se despeja el camino para finalizar la Ronda Uruguay. Excluyen el tema audiovisual", *El Financiero*, 15 de diciembre de 1993, p. 17; "Tras siete años de negociaciones, se logró un acuerdo global de la Ronda Uruguay. Anuncian la creación de la Organización Mundial de Comercio en sustitución del GATT", *La Jornada*, 16 de diciembre de 1993, p. 46; Carmen Gómez Mont, "El GATT y la excepción cultural: una plataforma para el debate", *Revista Mexicana de Comunicación*, año VI, núm. 33, p. 49.

⁷ Alain Touraine, "La excepción cultural", *El País*, 11 de diciembre de 1993, p. 36.

lado, defiende los intereses de la identidad nacional, reclamando un nacionalismo a ultranza en cuya defensa aparecen la historia y la tradición, pero que en el fondo moldean el consumo cultural de las clases y de los grupos impidiéndoles una producción autónoma.

Para el Estado centralista y autoritario es mucho más conveniente la importación de bienes culturales que la promoción de la producción cultural autónoma. Una da cuenta de la capacidad del Estado para extender su hegemonía, mientras que la otra obliga a la apertura, la participación y la democracia.

La autonomía en la producción simbólica tiene que ver directamente con la posibilidad de generación de identidades culturales cambiantes, así como con la capacidad de oponerse al anquilosamiento de una identidad nacional estatal, que poco o nada tiene que ver con los procesos de modernización y de cambio.

Producción simbólica y mecanismos de alteración de la producción simbólica

Con el fin de delimitar los alcances de la figura estatal de la identidad nacional frente a la figura cambiante de la identidad cultural, es menester buscar la oposición de ambos conceptos con relación a la producción simbólica. Es decir, ¿quién la produce? El Estado es el productor principal de los elementos de producción simbólica del Estado, en ello participan de manera importante las instituciones encargadas de la educación y la instrucción pública; la figura estatal se apoya en la tradición y en la historia con el fin de afianzar las estructuras de estabilidad del Estado. El Estado puede recurrir a planes y programas de modernización, pero siempre recurriendo como anclaje a las figuras simbólicas de la identidad nacional.

En cambio, el productor simbólico de la identidad cultural es otro, no está identificado con ninguna institución o grupo; la expresión y la producción cultural es libre y los mecanismos de distribución o difusión no se encuentran institucionalmente delimitados. La producción simbólica que refleja la verdadera identidad cultural es cambiante y auténticamente moderna; sus mecanismos de producción son autónomos y no se encuentran alterados por ninguna forma existente de modelación estatal.

Producción cultural vs. resistencia cultural

El fracaso de los sistemas estatales encargados de la producción cultural se debe, precisamente, a esta característica de modelación de las expresiones culturales en torno a la creación de la identidad nacional. Nada que no responda a las exigencias estatales de legitimación puede ser incorporado a dicha figura. El Estado mancha, por tanto, todo lo que toca, de la misma manera que la industria cultural convierte en oro todo lo que se le acerca.

Por eso es que los dos poderes se combinan perfectamente. Ambos poseen una esfera de acción exactamente delimitada y permite la coexistencia del otro porque en él se apoya, y porque cualquier movimiento en su estructura debilitaría la cimentación de ambos. Ninguno mira con buenos ojos a la resistencia cultural, por tanto los dos la identifican como un enemigo común.

Para ambos, el ámbito de aplicación y uso de sus producciones simbólicas es social, el Estado apoya sobre la identidad nacional sus planes y programas, la industria cultural finge sabotearla con producciones simbólicas ajenas para dar la ilusión de pluralidad, pero en el caso necesario o extremo sale al quite defendiéndola. De este modo, el espectro social parece estar cubierto, y la puerta de salida al mercado internacional está bien resguardada, pero no para impedir la entrada, sino la salida de productos simbólicos no autorizados.

La oscura arena en el entrecruzamiento de los ejes

Al dividir en dos hemisferios a los ejes que se entrecruzan, detectaremos que el hemisferio izquierdo representa la zona estable del Estado, nacionalismo e identidad nacional se apoyan mutuamente reforzando los elementos de tradición, unidad e historia del Estado; por su parte, la combinación entre identidad nacional y modernización es plausible en la medida en que la modernización se lleva a cabo en aras del fortalecimiento de la identidad nacional.

El problema aparece cuando tratamos de definir el hemisferio derecho, el creativo, aquel en el que se conjugan nacionalismo con identidad cultural y modernización. Este es el hemisferio cambiante,

el que se propone como un desafío a la naturaleza estática del Estado. Aquí el nacionalismo no es la expresión cultural-política del Estado nacional, sino la expresión cultural social de una nación en permanente formación. Por otro lado, la modernización se acerca más a la verdadera modernidad, en tanto que no se trata de la acción política encabezada por la figura estatal, sino que se trata de los auténticos movimientos de expresión cultural y de cambio social, que se mueven a pesar de las acciones del Estado y no precisamente en su favor. Cabe preguntarse lo que sucede en estructuras en donde la consolidación del Estado-nación es deficiente, o sufre graves carencias que impiden su sostenimiento; o en aquellas condiciones en donde la identidad nacional y el nacionalismo soportan a una “conciencia nacional” o a sentimientos nacionalistas deteriorados.⁸

A resultas de los movimientos autónomos y naturales del hemisferio derecho es que se gestan los grandes cambios culturales; aún más, siguiendo a Braudel, en relación a los fenómenos de larga duración comparados con los de corta duración, podríamos añadir que, entendida así, la auténtica presencia cultural conforma “una estructura dinámica y de larga duración”, mientras que el Estado “no tiene más que una duración ridícula”, es susceptible de tener una vida corta y una muerte súbita.⁹

Ahora bien, en el esquema planteado anteriormente, el eje vertical oscila permitiendo o no, difundiendo o no, la expresión de los movimientos culturales. Un Estado autoritario que impone, a través de distintos mecanismos, su visión de la historia y de nación hará deslizar el eje hacia la derecha, mientras que un Estado plural en el que la diversidad de manifestaciones culturales se exprese libremente, deslizará el eje vertical hacia la izquierda. Lo cierto es que la cultura nunca es inamovible del todo, y que en toda cultura existen factores de cambio cultural que buscarán una armonía entre los factores de la estabilidad y los del cambio. Los cambios de la cultura se hacen patentes cuando se dan transformaciones en la sensibilidad de la comunidad y en la estructura social. Cambios en los sistemas de

⁸ Véase Héctor M. Capello G., “Variaciones de la identidad nacional. Un estudio empírico de la identidad y el carácter en seis regiones de la nación mexicana”, en Guillermo Bonfil Batalla (coordinador), *Nuevas identidades culturales en México*, México, CONACULTA, 1993.

⁹ Véase Ferdinand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

relaciones, desajustes en la estructura de convivencia social y en el engranaje político, y otros contribuyen a acelerar los procesos de expresión y manifestación no sólo cultural sino también política.

En nuestro país, en estos momentos los factores del cambio están ejerciendo una presión considerable sobre los factores de estabilidad. Por ello es que una vez más, la cultura se manifiesta en la política, y la política intenta controlar a la cultura.

Como menciona Francisco Salazar, el cambio es intrínseco a la cultura,¹⁰ y dentro de los cambios, aquéllos propiciados por la modernización son los más duraderos. Quizá no sean perceptibles en un principio, pero en el fondo de la aceptación de un bien material hay una serie de adaptaciones inmateriales de la cultura que aflorarán en el espacio mediato. Así, los cambios culturales generalmente se expanden del espacio urbano al espacio rural, y de las élites hacia los sectores medios y bajos de la sociedad.

Expresión y manifestación cultural: promoción o control estatal

La cerrazón del Estado con relación a los movimientos culturales es sólo parte de la problemática, en el fondo yace un asunto mucho más trascendental que tiene que ver sencillamente con la expresión pública. En el momento en que clama estar en la cúspide del proceso de modernización, el Estado mexicano ha censurado no solamente las manifestaciones de expresión pública, sino también las manifestaciones de expresión popular, como si una pudiese desvincularse de la otra. El gobierno mexicano no reconoce la capacidad de creación de los distintos sectores culturales, igual falta de apoyo viven las culturas rurales que las culturas indígenas.

El ejercicio cultural puede interpretarse como una de las tantas válvulas de escape. Como indica Marta Turol, las fiestas tradicionales o el teatro indígena campesino es una manera de sacar, de reflejar, las inquietudes de un grupo y de soltar la tensión.¹¹

¹⁰ Véase Francisco Salazar Sotelo, "El concepto de cultura y los cambios culturales", *Sociológica*, año 6, número 17, México, UAM/Azcapotzalco, septiembre-diciembre de 1991.

¹¹ "La antropóloga Marta Turol: retroceso alarmante en el apoyo económico y en el reconocimiento formal a las culturas populares", *Proceso*, 17 de enero de 1994, pp. 62-63.

Es explicable, entonces, que al no existir estos mecanismos, se presentan fracturas que dan cuenta de una sociedad estancada y dividida entre sus élites y el resto de la población. No es extraño entonces que, cuando menos en estos ámbitos, la conciencia nacional es parte de la disputa política en que se han enfrascado los sectores que buscan cambios de fondo y aquellos que sólo buscan introducirnos en ciertos aspectos, sin que se toquen los intereses tradicionales que obstaculizan el arribo de la verdadera modernidad.¹²

Los últimos acontecimientos acaecidos en México: la revuelta de Chiapas, el asesinato de Luis Donaldo Colosio, la desarticulación interna del Partido Revolucionario Institucional y su lucha por recuperar el control, no son todos sino manifestaciones de una reestructuración de los ejes del cambio y de la estabilidad al centro de los cuales se encuentran el nacionalismo y la identidad. Quienes buscan la estabilidad, preconizan que el nacionalismo y la identidad nacional deben prevalecer a pesar de todo; quienes buscan el cambio, argumentan que nacionalismo e identidad nacional no tienen por qué estar aparejados a la figura del Estado y de los mitos nacionales, que México puede desarrollar su propia búsqueda por una identidad nueva, sin que por ello pierda sus rezagos distintivos de nación.

Lo que propios y extraños presencian en relación a México es una rearticulación entre los ejes, en donde modernización, nacionalismo e identidad nacional *están dando paso a mecanismos que oponen la identidad nacional prevaleciente a la resistencia cultural de una nueva nación emergente.*

Modernización, identidad nacional y resistencia cultural

La resistencia cultural es signo de la rearticulación del sistema. No se trata exclusivamente de un PRI que se recompone para satisfacer las demandas de clases y grupos emergentes. Se trata de un país que tiempo atrás se había venido transformando, que había venido dando manifestaciones de descomposición y recomposición, pero sobre todo de gestación de movimientos culturales que pugnaban por

¹² Héctor M. Capello G., "Variaciones de la identidad nacional. Un estudio empírico de la identidad y el carácter de la nación mexicana", *op. cit.*, p. 211.

emerger pero que no habían encontrado la forma de darle cabida a sus demandas.

La transición puede haberse llevado a cabo en el 88, o quizás 20 años antes, en el 68; un análisis cultural retrospectivo tal vez sólo pudiese dictar tendencias o establecer grandes parteaguas, pero en esencia no es que esos parteaguas hayan cambiado a México; el cambio no ha sido tampoco producto de las acciones modernizadoras del gobierno; México venía cambiando desde mucho antes, lo que pasa es que no nos habíamos dado cuenta.

Chiapas existía antes del 1 de enero de 1994, y el candidato del PRI a la presidencia de la República estaba muerto aun antes de que se designara a Colosio; lo que pasa es que no habíamos querido ver lo que la cultura expresa: sectores marginados, sectores emergentes, inequidad en la distribución de la riqueza, abismos en la educación, demandas de salud, demandas de vivienda, desempleo, una juventud desorientada, falta de seguridad social e inestabilidad política.

La identidad nacional está por agotarse. El sistema está perdiendo su capacidad de utilización del nacionalismo en su vinculación con el orden político. Los mexicanos hemos aprendido que, aunque no aparezca en los libros de historia, en el México del siglo xx se ha librado más de una revolución.

Así, el manipuleo de la identidad nacional puede ser una de las riendas que el sistema estaba acostumbrado a jalar, la otra era la economía —a ambas da la impresión de que las había soltado por completo—; ahora intenta retomarlas. Sin embargo, esa vuelta al orden y a la estabilidad se apoya sobre bases falsas, ya que desatiende al sustrato cultural.

La atención de las expresiones sociales y culturales debe ser la prioridad auténtica; todo lo demás puede volver a la estabilidad temporal, pero puede resultar más costoso a largo plazo. Una auténtica expresión cultural plural es en realidad su única alternativa, de otra manera lo que ahora puede aparecer como resistencia cultural, bien puede convertirse, como lo demostró Chiapas, en resistencia política.

Facilitar las vías y los mecanismos de expresión cultural, prestar oídos a la resistencia, puede ser la única vía de escape para que los distintos sectores se manifiesten y den rienda suelta a todas sus demandas; tomar nota de esas demandas, en lugar de reprimir las, pue-

de ser la única vía para evitar que México revierta el proceso estabilizador posrevolucionario y desemboque violentamente a los umbrales del siglo XXI.

Bibliohemerografía

- Braudel, Ferdinand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- Capello G., Héctor M., "Variaciones de la identidad nacional. Un estudio empírico de la identidad y el carácter en seis regiones de la nación mexicana", en Guillermo Bonfil Batalla (coordinador), *Nuevas identidades culturales en México*, México, CONACULTA, 1993.
- Colina, Alejandro, "Nuestra modernidad posible. Apuntes sobre democracia y modernización", *Etcétera*, número 55, 17 de febrero de 1994.
- Gellner, Ernest, *Nations and nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983.
- Monsiváis, Carlos, ponencia presentada en el Seminario "Libertad y justicia en las sociedades modernas", México, Sedesol, Instituto Nacional de Solidaridad, UNAM, IPN, UAM y Colegio de México, 6 de junio de 1993.
- Salazar Sotelo, Francisco, "El concepto de cultura y los cambios culturales", *Sociológica*, año 6, número 17, México, UAM/Azcapotzalco, septiembre-diciembre de 1991.
- Touraine, Alain, "Modernidad y especificidades culturales", varios autores, *Vertientes de la modernización*, México, CEN-PRI, 1990.
- Touraine, Alain, "La excepción cultural", *El País*, 11 de diciembre de 1993.
- "Carlos Fuentes. Las dos democracias son una sola", *La Jornada*, 11 de febrero de 1994.
- "La antropóloga Marta Turol: retroceso alarmante en el apoyo económico y en el reconocimiento formal a las culturas populares", *Proceso*, 17 de enero de 1994.